

EXTRANJERO EN MI PROPIA TIERRA

JOSÉ RAFAEL MAFLA GUERRA

Administrador Público, ESAP; Especialista en Alta Gerencia, Universidad de Nariño. Docente Orientador ESAP. Jefe Oficina Control Interno, Universidad de Nariño. Ha publicado los libros: Hames y el Eterno Enamorado (novela), Una voz en el silencio (poesía), y Reflexiones (ensayo).

Es un corto ensayo donde se compila con atinada sabiduría la vivencia de otro joven revolucionario del conocimiento, que ha tenido que atravesar su amado país en busca de nuevas oportunidades, tan escasas para quienes por capricho del destino, no han nacido en cuna de oro. Su obstinado pensamiento revolucionario del discurso y de la sana palabra, le han hecho víctima de persecuciones, señalamientos, desprecios y hasta destierros. El amor que este joven estudiante y docente, siente por su amada patria y por su familia lo ha convertido en un nómada del mundo, que sueña con volver a su patria chica, donde quiere quedarse para siempre... para siempre, si logra escapar del cerco extendido por las fuerzas oscuras que dominan este país. Si, esta es la cruda realidad, de un joven entusiasta que como tantos colombianos sufre en carne propia, el rigor de una guerra ajena, heredada sin tener ninguna escritura.

Antes de terminar de escribir este texto, al revisar mi correo electrónico, más exactamente el 31 de diciembre de 2009, un correo me llamo particularmente la atención... Un S.O.S. Efectivamente al abrir el correo, encontré la desagradable noticia; las fuerzas que siempre han manipulado este país, nuevamente se ensañaban en contra de este joven y mediante un sufragio de ultimátum, le notificaban para que en el término de 48 horas abandonara la región, antes de convertirlo en objetivo militar. Pero, La fortaleza que acompaña a este joven, está alimentada por el amor que siente por su amada patria y por su querida familia; y por eso es que joven estudiante y docente a la vez, sobrepuesto a toda amenaza, continúa asistiendo a la universidad, porque está convencido que un hombre educado, es capaz de vencer las barreras que nos separan de la anhelada justicia, presa en las manos de los carteles de la inmundicia.

“Las cadenas de la esclavitud solamente atan las manos: es la mente lo que hace al hombre libre o esclavo”. Franz Grillparzer (1791-1872), dramaturgo austriaco.

Sin más preámbulos les quiero presentar el ensayo titulado: EXTRANJERO EN MI PROPIA TIERRA.

Siempre he creído que somos ciudadanos del mundo, no elegimos el lugar donde nacemos ni tampoco donde enteraran nuestros huesos. Por eso creo que surgimos de cualquier parte de esta tierra. Sin embargo se nos endilga ser natural o propio de alguna determinada región, con el único objetivo de hacernos saber que el aire que respiras, la calle que pisas, los amigos que hiciste, la comida que compras y todo a tu alrededor, no es tuyo si no de ese personaje cruel y retorcido que se sacia en su estiércol de la mediocridad al pensar que tú no eres digno de vivir aquí, que debes volver a tu lugar de origen; además este mezquino en su cavidad craneal, está dispuesto hasta sus últimos días de paupérrima existencia, recordarte que no eres de aquí.

Este sentimiento de repulsión no se presenta entre europeos y latinos si no entre nosotros mismos, los colombianos. Descalificamos a nuestros compatriotas, a sabiendas que venimos del mismo linaje puro e incólume, somos indígenas, no entiendo porque entre algunos pseudo-europeos criollos, instalamos barreras para no permitir unirnos en un solo abrazo de hermandad, solidaridad y lucha de colombianismo. Si, suena cruel, pero es cierto. No perdemos un instante de nuestros días para caerle al prójimo, descalificarlo, minimizarlo, criticarlo, de creernos puros al momento de evaluar a otros, sin siquiera tomarnos un minuto para mirarnos interiormente y remediar la putrefacción cabalgantemente culpable y patrocinadora de nuestros problemas actuales, el egoísmo.

Los que trabajamos o simplemente queremos vivir en un lugar diferente al que nacimos debemos enfrentar las aversiones que muy tangencialmente he mencionado. Por eso nuestro problema empieza en el rechazo que genera nuestra presencia en los reducidos espacios que a pulso hemos labrado. Muchas veces nuestros argumentos son acallados con la tajante expresión “usted no diga nada, no tiene derecho a opinar...”. Y en ese valle de pasiones y opresiones, se corre el riesgo de tomar dos decisiones: la primera es, efectivamente hacerle caso al discapacitado mental, que se apropio o se cree dueño del patio o en segunda instancia, dar la pelea, buscar pequeños espacios y apoderarse de ellos con merito propios, prepararse una, y otra, y otra vez, hasta el final del conocimiento para evitar entregar a tus interlocutores (les concedo el debido respeto), los suficientes argumentos que sostengan sus amargadas y maltrechas mentalidades menguadas por el odio y la ambición. Yo escogí la segunda acción.

Como dice la canción: naci en un pueblo chiquito y bonito en el sur de la Guajira, cuyo nombre se lo debe al responsable de su fundación, Fonseca. Puedo decir sin temor a equivocarme que, allá deje los mejores momentos de mi vida; se grabaron en mi vida, se quedaron en mi alma aquellas calles polvorientas llenas de bullicio y alegría en tiempo de fiesta, que al decir verdad, pareciese que fueron todos los días. En este rincón de Colombia conocí a los amigos con los cuales aprendí a saber lo que es la verdadera AMISTAD. Allí viven mis padres, allí se quedaron mis sueños, mis pasiones, mis esperanzas, se quedaron aquellos personajes de los cuales hice un icono de mi vida por su rectitud y transparencia. Si pudiera escoger el lugar donde quiero pasar mis últimos 200 años, sería allá, en Fonseca... donde brilla la luna, entre cordón y tuna suena un acordeón... (Fragmento canción popular de la región).

Por avatares de la vida, vine al sur de Colombia a finales de los años ochenta cargado de sueños y esperanzas, con la ilusión de comenzar una existencia nueva, sin la mínima intención de perpetuarme en sus tierras. Pero la vida me tenía una enorme sorpresa, conocería a gente que ahí en adelante sería parte importante de mis sueños, de mi vida de mi realidad. Luego de trasegar por innumerables universidades de Colombia y de los contratiempos en la lucha popular, gracias al método infalible del convencimiento por parte del estado, diseñando exclusivamente para aquellos que pensamos y queremos una patria diferente (léase tortura), con el auspiciado oficialmente de la derecha rancia y mediocre de esta sociedad, llegue a estas hermosas tierras. Como le comentaba, escogí la segunda opción. Decidí si este era el espacio en donde me había tocado vivir, lo defendería, me prepararía y entregara todos mis esfuerzos a minimizar el evidente hecho de no haber nacido acá. No puedo negarlo, fue muy difícil. Encontrarse con costumbres diferentes, con comida que en la vidaavía escuchado. No entendía su dicción, obviamente ellos tampoco me entendían, pero había algo que me atraía, era su sonrisa; podía oler su honestidad, su sencillez; aunque pequeños de tamaño son hombres y mujeres muy grandes de corazón. Gente feliz en medio de sus dificultades, aunque un poco temerosas al principio, dispuestas a compartir su hogar y sus limitadas y pertenencias al final. Pero no todo era felicidad. Encontré, como lo señalé al principio de este ensayo; gente desconfiado, egoísta, manipuladora, excluyente y miserable, que no desperdiciaban un minuto de sus miserables vidas para recordarme que no era de esta zona del país y estaba en el lugar equivocado. Fueron ellos los que me dieron el valor de seguir adelante. Gracias a sus desprecios y humillaciones encontré el verdadero sentido de mi ser, luchar por clases más desprotegidas vilipendiadas de la sociedad. Gracias a sus desatinados comentarios logre construir una filosofía de vida, una causa justa por la que vivir intensamente.



Aunque no me olvido de donde vine y guardo siempre la ilusión de algún día volver a ese pedazo de tierra que me vio nacer; de volver a encontrar mis amigos de infancia, de abrazar a mis padres y hermanos, caminar descalzo en las arenas de la rivera de su río, de conversar horas y horas bajo su frondoso árbol, quiero seguir luchando aquí, por la familia que construí. Sé que a pesar de sentirme alguna vez extranjero en mi propia tierra colombiana, existen personas que requieren de mi solidaridad y mi comprensión; he combatido la xenofobia y la exclusión con amor y sinceridad, el odio y la venganza con pasión, la desigualdad con lucha. A la gente del sur de Colombia donde vivo dedico este ensayo como también a mi pueblo donde nací, que me siga esperando, por que algún día volveré cargado de luchas, convertidas en ideales.

“Todos los hombres nacen iguales, pero es la última vez que lo son”. Abraham Lincoln (1808-1865).

